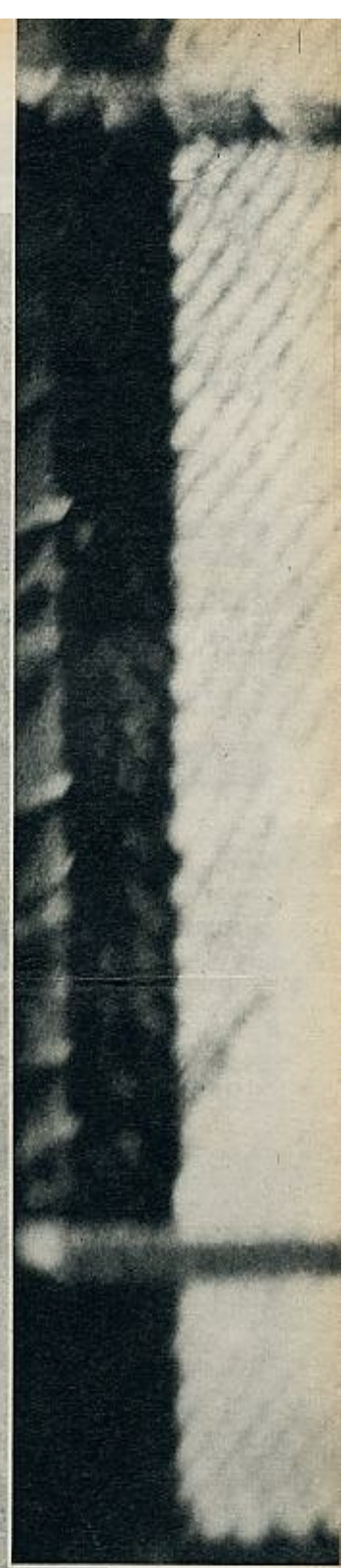
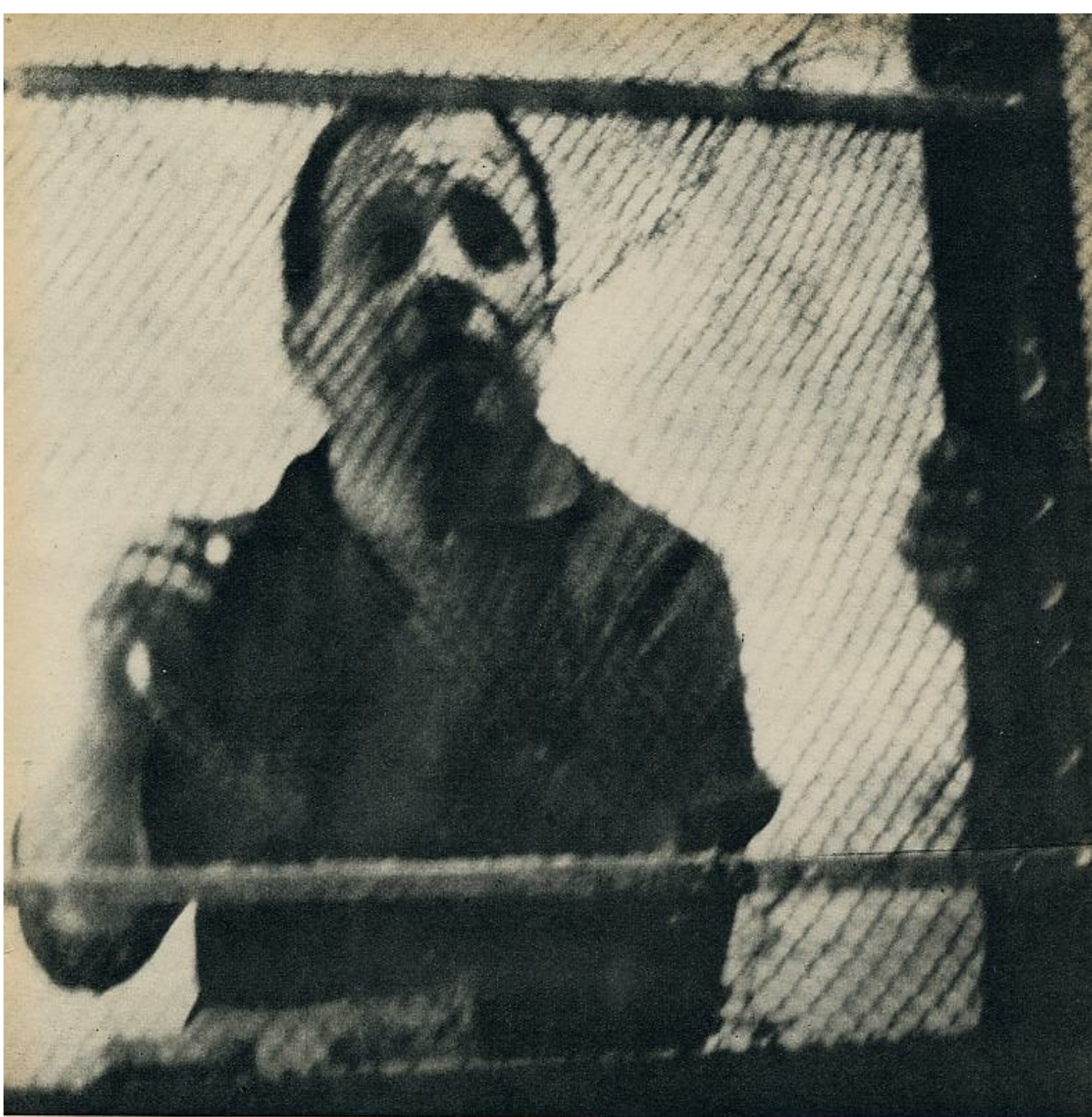


PRISION SIN ESPERANZA



Arancio ha esperado inútilmente en la prisión de Baumettes que el veredicto le fuera favorable. A la puerta de la cárcel llora su madre desconsoladamente, tras haber fracasado en los esfuerzos por obtener su libertad.

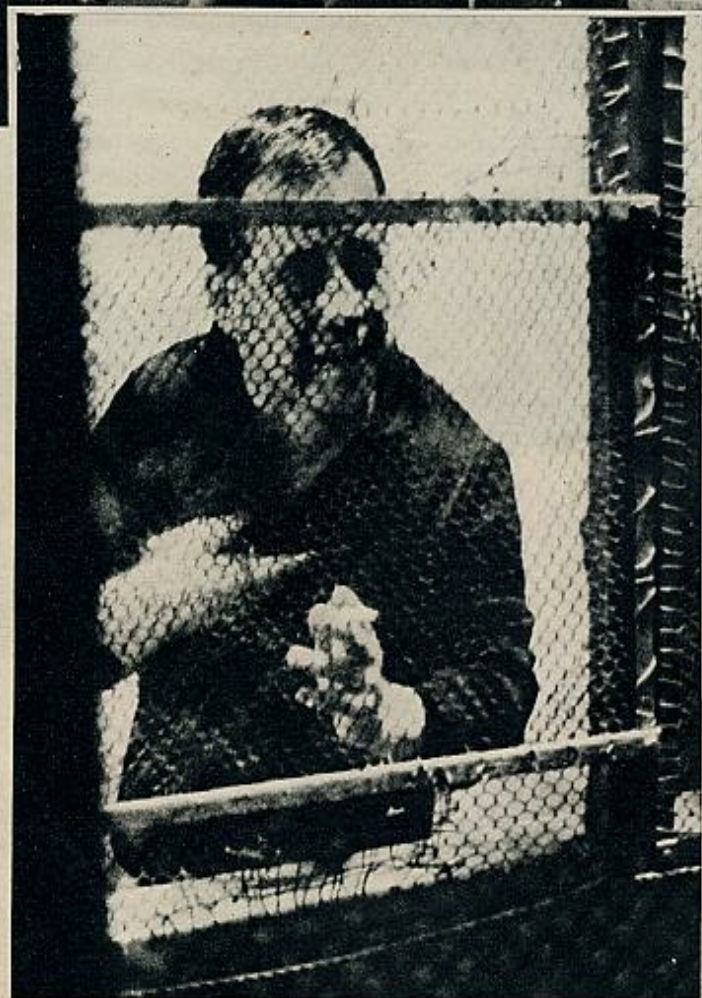
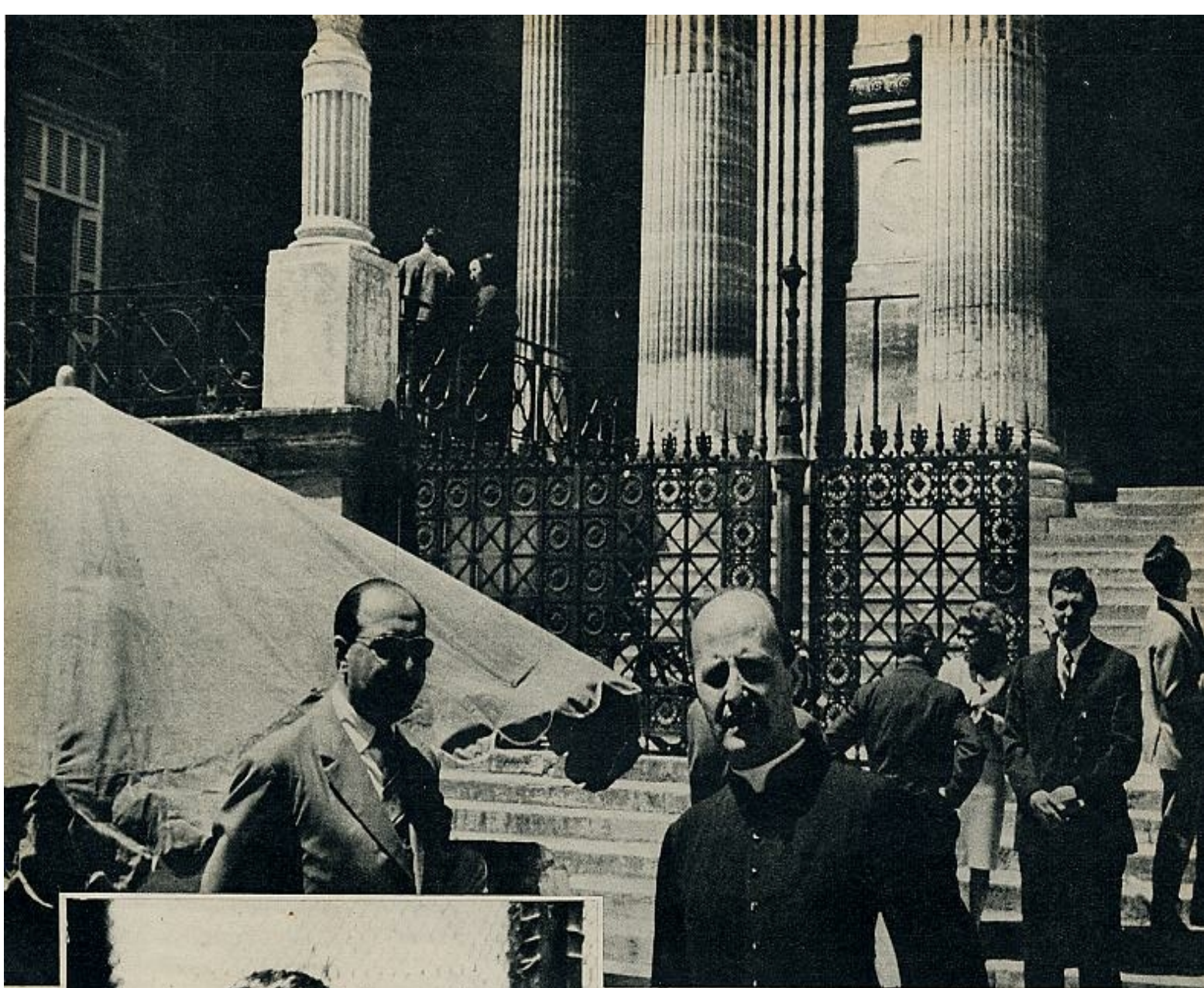


NO HAY PIEDAD PARA FRANCESCO ARANCIO

E

El «caso» Arancio se ha cerrado, según parece, definitivamente. Y sin esperanza para el encausado. Durante los últimos tiempos, la espectacularidad que lo rodeaba había hecho pensar en un final distinto del que ha tenido. Pero no habrá ya más revisiones. Los esfuerzos continuados del padre Limozin para probar la inocencia de Arancio no han sido coronados por el éxito. Y Arancio seguirá encerrado en su celda, cumpliendo día tras día su condena a perpetuidad.

La prensa se había ocupado ampliamente del caso, que se presentaba como uno de esos errores judiciales que, de cuando en cuando,



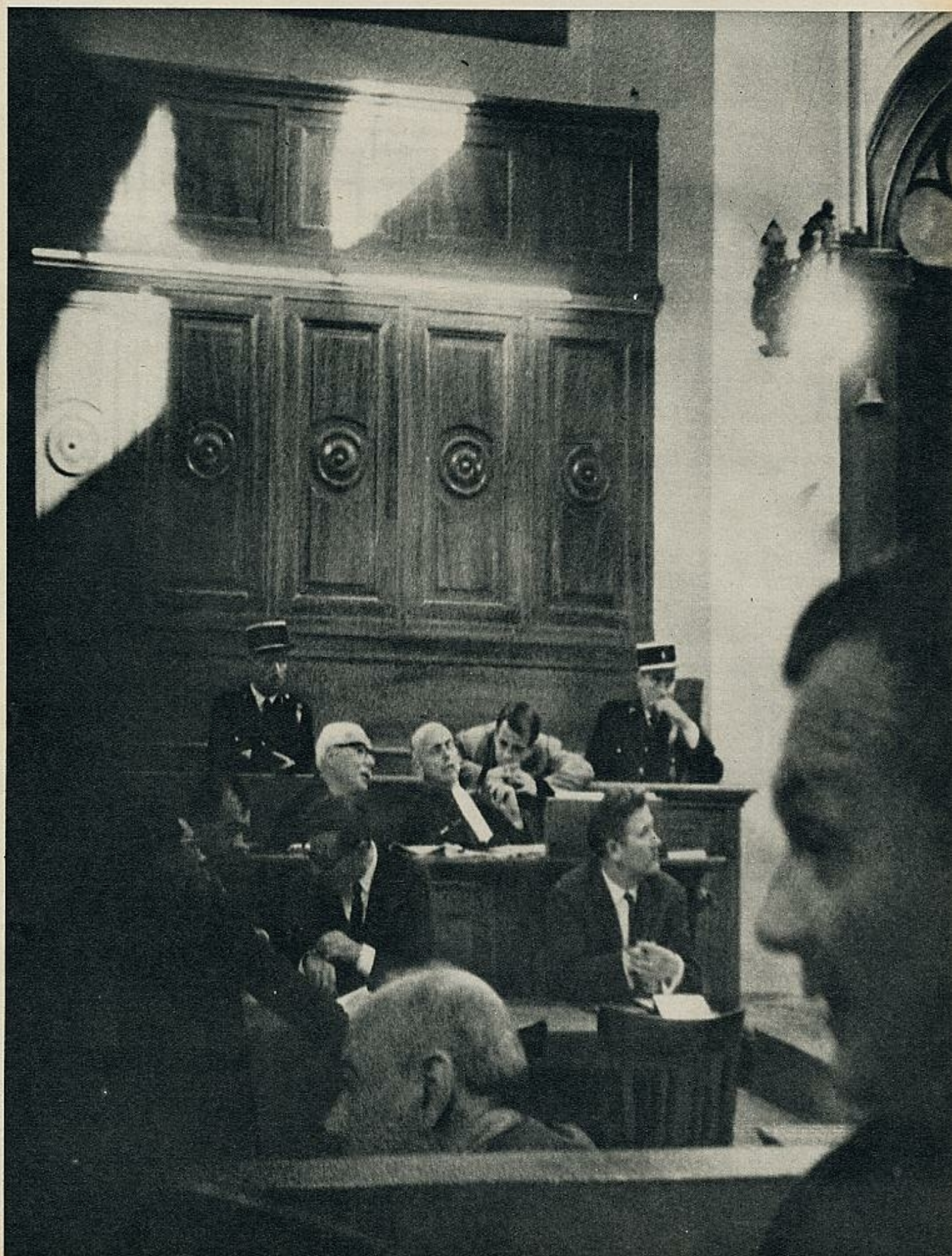
El padre Limozin ha sido el más sólido defensor con que ha contado Francesco Arancio. Pidió permiso al Vaticano para desvincularse del secreto de confesión y declarar en favor del acusado. Pero su intervención ante el Tribunal resultó estéril, pues el juez no tuvo en cuenta su testimonio. A la derecha, el Tribunal de Nîmes durante un momento del proceso de apelación.

muestran que la justicia no es siempre infalible. El problema consistía en pesar en la balanza dos testimonios, el de una mujer de mala nota, desechada, y el del capellán de la prisión donde Arancio cumplía su condena. Todo el mundo pensaba que la balanza se inclinaria del lado del capellán. No ha sido así. El testimonio de Michèle, la amiga de Arancio, ha sido aceptado. De nada ha valido que, incluso, y con grandes esfuerzos, el padre Limozin lograra del Vaticano que se le relevara del secreto de confesión para poder declarar en favor de Arancio, de cuya inocencia estaba convencido...

Francesco Arancio, italo-tunecino, había desembarcado en Marsella a los veinte años, con ánimo de dedicarse al boxeo y emular a su ídolo, su compatriota Halimi. Era pequeño, fuerte, de ojos inquietos y expresión infantil. Unos amigos le esperaban en el puerto. En seguida empiezan las malas compañías, el dinero ganado fácilmente por procedimientos no demasiado claros. Al cabo de unas semanas se le empieza a conocer en los bajos fondos de la ciudad mediterránea. Gusta a las chicas, que se lo disputan; los «duros» encuentran que es un tipo seguro, de quien uno se puede fiar, y que, sobre todo, tiene la ventaja de no poseer antecedentes, de no estar fichado... En todo caso, no le falta nada. Hay quien piensa que Michèle, su amiga, una mujer de vida alegre, de diecisiete años, le mantiene. El lo niega. Su silueta se empasta; viste con una elegancia afectada, que hace pensar en los gangsters del Chicago de los años treinta. Hasta que el primero de septiembre de 1958, al poco tiempo de su llegada a Francia, estalla la tragedia y, algún tiempo después, lo que pudo no ser más que un capítulo más de la tupida crónica de sucesos marsellesa, se convierte en un caso de conciencia que apasiona al mundo.

SIGUE

EL TRIBUNAL DE NIMES HA ACEPTADO EL TESTIMONIO ADVERSO DE UNA MUJER DE VIDA ESCANDALOSA QUE FUE SU AMANTE

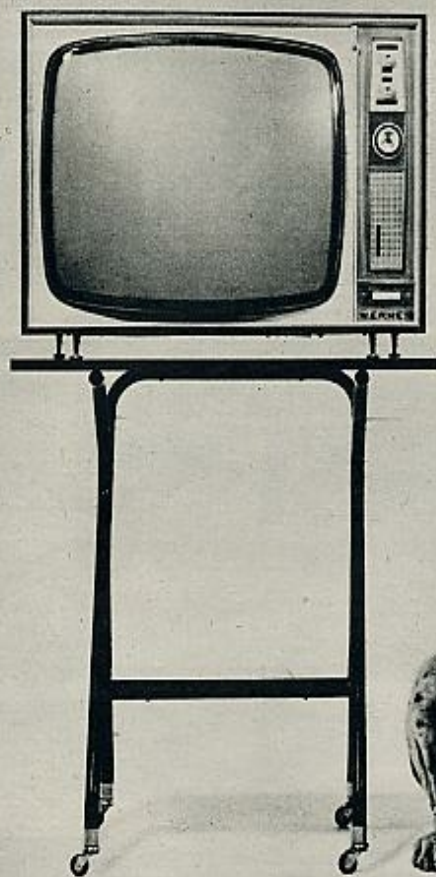




Vereinfachte Technik

WERNER

TELEVISORES,
TRANSISTORES,
TOCADISCOS.





Francesco Arancio era en Marsella un hombre muy popular. Su propósito había sido dedicarse al boxeo y emular a su ídolo, Malimi, compatriota suyo. Pero las malas compañías y la facilidad para ganar dinero le perjudicaron notablemente. Arriba, con un grupo de compañeros marseleses. Abajo, sus padres.

El primero de septiembre era un día de tormenta. En la calle de la Coutellerie, un «403» se para ante la joyería de Van Malle; de él bajan dos hombres, uno de ellos con una barra de hierro en la mano, que rompen el escaparate y llenan un saco con las joyas expuestas en él. Vuelven a subir al coche, pero el conductor —un hombre de aspecto llamativo, con una americana negra a rayas rojas y blancas— no logra hacerle arrancar. El dueño de la joyería sale gritando y se dirige hacia el coche, hasta que un disparo le hace caer a tierra. Los únicos testigos del crimen son la señora Van Malle y un chico de trece años. Sin embargo, la policía recibe una carta anónima de un pretendido tercer testigo que cuenta el crimen al detalle. Nadie ha visto a este testigo. Sus declaraciones coinciden con las de los otros dos, pero van más lejos; según él, el coche pasó tres veces ante la joyería, y la primera iba en su interior una rubia con una blusa roja, que fue sustituida luego por un muchacho. Mientras tanto, la policía atrapa al conductor de la chaqueta a rayas rojas y blancas, y, poco más tarde, encuentra el coche que sirvió para el atraco, que resulta ser robado, y en cuyo interior están la barra de hierro, el revólver y dos cápsulas. A fines de mes, la policía daba el asunto por liquidado. Michèle había hablado, y había dado los nombres de los que, según ella, eran los autores del crimen: Benito Tartamella, Loulé Chaix y su amigo Francesco Arancio. Confesaba haber estado en el coche y haber bajado para dejar su sitio a este último. Todo coincidía con la carta anónima recibida por la policía... Ahora bien, ni la blusa roja apareció en ningún sitio ni nadie se ocupó de averiguar dónde podría haber sido comprada. Pero era más cómodo dar el caso

SIGUE





LAS DECLARACIONES DEL PADRE LIMO

por liquidado, y esto fue lo que se hizo, aunque muchos cabos quedasen sueltos y no fuera difícil sospechar que el despecho podía estar, en gran parte, en el origen de la actitud de Michèle.

De hecho, Arancio ha negado siempre su culpabilidad. Durante seis años no ha cesado de proclamar su inocencia. Y el padre Limozin, el capellán de la cárcel, le ha creído. Después de pedir permiso al Vaticano para desvincularse del secreto de confesión, ha jurado que Arancio era inocente. Pero su juramento no ha valido. Las declaraciones de Michèle han tenido preferencia; ella niega haber dicho al sacerdote que sus declaraciones a la policía eran falsas.

El 15 de mayo, en Nimes, se ha celebrado el último juicio de revisión. Todo el mundo esperaba que Arancio sería, por fin, absuelto; aunque, de todos modos, las cosas no hubieran vuelto a su cauce, habría salido libre a la calle, pero inhabilitado por seis años de prisión para llegar a ser el boxeador que soñaba cuando llegó a Marsella. Se suponía que el testimonio de Michèle en favor de Arancio sería decisivo. No sucedió así. La mujer mantuvo, por el contrario, la primera declaración, reiterándola con insistencia. ¿Se debió su contumacia al miedo a ser condenada a varios años de prisión por falso testimonio?

El caso es que ella había jurado decir la verdad. Su intervención ante el Tribunal fue breve:

—Arancio iba en el coche robado. Recuerdo que miraba hacia la jo-

Mr. l'Abbé Jean LILOZIN
Aumônier Catholique
Les Baumettes
MARSILLE (*)

Marsille, le 27/1/60

Honorable le

Aumônier Catholique de la prison des Baumettes à Marsille
son Ministère m'a permis parfois de connaître de redoutables secrets.
L'arrêt de la chose m'est arrivée et c'est la raison d'être
de ce lettre.

Je prends Dieu à témoin et j'engage mon honneur d'homme pour
vous affirmer que ce que je vais vous dire est strictement vrai.

Lors de sa dernière session, les Assises d'Aix en Provence
ont jugé l'affaire du meurtre du bijoutier Vassolle.

Mrs. CHAIX Louis et ANGLIO François ont été condamnés, tous
deux, aux travaux forcés à perpétuité. Je ne puis rien vous dire de
CHAIX Louis. Par contre, je puis vous dire que je sais de sources
absolument sûres et incontestables que ANGLIO François est entièrement
innocent.

ARANCIO n'est pas l'un des 3 accusés du bijoutier, il n'a
pas du tout participé à cette affaire, il n'est jamais monté dans le
Paujet «33 noire le 1er Septembre 1954, jour du meurtre.

La personne qui m'a révélé tout cela et qui le sait bien (je
ne puis en dire plus) ne m'a dit que pour le besoin du secret le
plus absolu.

Malgré mes instances je n'ai pu obtenir, jusqu'ici, que l'au-
torisation de vous écrire la présente lettre, après lui avoir
faite lire.

Je ne puis rien vous dire de plus. Je pense cependant que
sa parole de frère peut et doit être prise en considération afin
d'obtenir justice pour un innocent.

Daignez agréer, Monsieur le mes religieuses
salutations.

P.S. - J'envoie la même lettre

- à Mr. le Garde des sceaux.
- à Mr. le Président de la Cour de Cassation,
- à Mr. le Président de la Cour d'Assise d'Aix en
Provence.

P.S. du 12/1/60

Je remercie Abbé Limozin officier de mission qui m'a permis
d'écrire ceci et qui m'a écrit le 2/2/60. Son action est une aide pour moi
pour faire la vérité de ce meurtre que Arancio n'a rien à voir là-dedans.
C'est un témoignage de cause.

Fait à Marsille le 27 Janvier 1960

Abbé Limozin

El padre Limozin sostuvo hasta el final que, según la confesión de Michèle, Arancio no había participado en el «golpe». El Tribunal accedió a revisar el proceso a ruego del sacerdote, expuesto en la carta que reproducimos. Su petición fue tomada en consideración, pero no así su testimonio.

ZIN, DISPENSADO DEL SECRETO DE CONFESION, NO LE HAN DADO LA LIBERTAD



Francesco Arancio en su época de boxeador. Esta era la foto que dedicaba a sus admiradores. A la derecha le vemos ante la joyería asaltada, durante el intento de reconstrucción del «golpe». Ante el Tribunal declararía después: «Juro que soy inocente, que no he participado en este atraco». Pero no lograría ser creído por nadie.

yería cuando pasamos la primera vez. Yo sólo sé eso: que estaba en el coche y que miró hacia la joyería.

La víspera del nuevo proceso, el periodista francés Alain Ayache se había dirigido, junto con un colega suco, al lugar donde actualmente vive Michèle, a 80 kilómetros de Nimes, con el propósito de entrevistarla. Ayache no llegó a hablar con Michèle, pero sí con su marido, Bastida.

—¿Es cierto que están ustedes protegidos por la policía? —le preguntó.

Bastida respondió negativamente. Pero los periodistas aguardaron media hora en el jardín de la casa. Al cabo de este tiempo, apareció un gendarme que les ordenó seguirle. ¿Por qué motivo?

—Yo cumplo órdenes —les replicó—. Y está prohibido molestar a madame Bastida.

A su regreso, los periodistas redactaron una carta por la que comunicaban al Tribunal esta experiencia.

Pero el juez admitió el testimonio de Michèle.

—No estoy protegida —declaró—. El gendarme se habrá presentado a instancias de los vecinos.

Tampoco el testimonio del padre Limozin ha podido inclinar la balanza en favor de Arancio.

—Michèle me ha dicho que Arancio no estaba comprometido en el «golpe». Pero se ha negado a escribirlo. Me confió que «no quería verse metida en líos a ningún precio».

El padre Limozin ha sido el más sólido defensor con que ha contado el acusado. Sin embargo, hubo otro testimonio importante: el de un hombre

al que no se le puede reprochar ni locura —del sacerdote se ha afirmado que era un «iluminado»— ni avidez de publicidad.

Es un antiguo profesor de Marsella, que ha purgado una larga pena en la misma prisión que Arancio. Ahora es un hombre respetable que desea olvidar su pasado. Ha pagado ya su culpa. Se llama Benedetti.

—Chaix (uno de los hombres del «golpe», cuya culpabilidad fue formalmente probada) me confesó un día que Arancio lloraba de desesperación en su encierro, que éste no había tomado parte en el asalto.

Por fin, el Tribunal acaba de reunirse para dictar un nuevo veredicto. El juez hubo de elegir una vez más entre el testimonio de una mujer de vida escandalosa, que ahora, casada, intenta rehacerse, y el de un sacerdote. Con la agravante, para Michèle, de que ya había sido condenada, a los catorce años, por denuncia calumniosa.

La decisión judicial ha sido tajante: el Tribunal de apelación de Nimes ha emitido un veredicto de culpabilidad. Francesco Arancio ha vuelto a la cárcel. Ahora, la sentencia parece definitiva.

Sin embargo, tanto el padre Limozin como los abogados del condenado no cejarán en sus esfuerzos por mejorar su suerte. Y todo indica que si un sacerdote, acostumbrado a escuchar las protestas de inocencia de tantos reclusos como ha visto en su larga experiencia de capellán de prisiones, ha creído en su inocencia, y para sostenerla ha llegado al Vaticano, sus razones deben ser poderosas.